

suelen considerar con su rigor ciego: esa sospecha inaudita de las posibles civilizaciones perdidas que alcanzaron un desarrollo técnico semejante o superior al nuestro. En el libro vienen datos insospechados: pilas eléctricas antiquísimas en un museo de Bagdad. Y qué hablar de los enigmas de monumentos indescifrables por luces arqueológicas: Tiahuanaco, Isla de Pascua, terrazas del Líbano, de Baalbek, pirámides egipcias, fenómenos que sobrepasan las posibilidades técnicas de sus días, y para los cuales se habla ya como lugar común opinante de "huéspedes del cosmos", los que habrían construido...

No hablaremos de estas fantasías tan deseables en nuestros días, cuando ya no se considera como delirio imaginar otros mundos habitados, de los cuales nos hablan en el siglo XVIII, un Feijóo tanto como nuestro excepcional Manuel Lacunza. Concluyamos moviendo el teclado de este nuevo mundo de visión y arraigo en la realidad, diciendo que las letras propiamente tales tienen un papel preponderante en el realismo fantástico, hasta el punto que nos parece que ellas son usadas con la misma libertad y en el mismo nivel que los hechos científicos. Suelen citar una novela de ciencia-ficción para ilustrar temas diversos, como vemos en Serge Hutin, y en muchas páginas del libro que comentamos, por la sencilla razón de que no se trata de aplicar los rigores metodológicos sino un esfuerzo de entendimiento más allá de esclavitudes racionalistas.

Otro día nos referiremos a las observaciones cibernéticas, parasicológicas y de otros órdenes del realismo fantástico que ha tenido en nuestros días la gracia de hacernos pensar en cuerpos resucitados, porque parecería ser que este movimiento espera la superación total de nuestras limitaciones, del mismo modo que el cristianismo espera la resurrección de la carne, con la diferencia de que éste la alcanzará en un orden "fabuloso", por vía de fe; en cambio, ese mundo científico-literario, lo quiere engendrar por obra y gracia de una evolución indecible, con total olvido de la absoluta realidad de la herida original que estropea todas las cosas, pero que permite luchar siempre.

El realismo fantástico es una posibilidad de total integración humana. "Le matin des magiciens" pone en olvido las miserias de la vida, y abre la perspectiva de una literatura diferente.

A. L.

<https://doi.org/10.29393/At402-128PSAL10128>

*Parámo salvaje*, de MARÍA ELENA GERTNER. Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963

La nueva novela de María Elena Gertner: *Parámo salvaje*, pertenece a esa especie que han dado en llamar "la literatura del pecado y de la gracia", como el título de un libro de P. H. Simon. Esta denominación es más expresiva que aquella de "novela católica". Y ya se difunde por medio de sacerdotes jóvenes, llenos de sabias conferencias, que no andan diciendo como otros, de los inconvenientes de Graham Greene o de lo discutible de Bernanos, y autores "más peligrosos" que el Espíritu Santo. Esperamos, al fin, que en la

catolicidad nacional se respire, sin temor de asfixia, el oxígeno de la época en que vivimos. Antes la tenían contra el cine, ahora hay niñas que predicán foros de cineastas. Ya veremos en Chile algún despertar de las letras cristianas con las galas de la cultura del próximo milenio...

Una idea del catolicismo como concepción estóica de la existencia provoca toda suerte de equívocos en la estimación ajustada de esa literatura. Creo que una gran mayoría de personas nacidas en las postrimerías del siglo pasado y primer decenio del presente tiene imágenes descarnadas, angélicas, del catolicismo, con un colorido, sin embargo, muy negro, el tono de una religiosidad enemiga de todo lo que huele a carne, como un principio, en nombre de la piedad y del orden socialmente establecido. Con esa manera de sentir, una novela, en la cual abundan el sexo y Dios, viene a serles intolerable como contradicción.

En el caso de las personas que no participan de experiencias religiosas, ellas ven en esos escritos una "mezcla de paganismo y cristianismo", no sin cierta sonrisa volteriana. Si un "hijo de Dios" no contempla en las cosas de la vida, y asimismo en las letras, un misterio sacrálico, aún escondido en los movimientos orgiásticos del sexo, no podría comprender nunca, en su realidad, el hecho de que la Iglesia instituyese un sacramento para unir la pareja humana. Todo suceso viviente debe exigir del cristianismo una mirada teológica para divisar siempre en todo pecado la herida del Espíritu Santo, su vox clamatis; tanto más en un texto literario, en el cual se crean tensiones anunciadoras de otra cara del asunto, el rostro de lo sobrenatural actuando en los personajes, la luz eterna cernida en la penumbra de nuestro humus terrestre.

Sin afán de hablar sobre estructuras ni menos clasificar según las teorías más en voga sobre narrativa, al leer esta seductora novela de tan atrayente autora, uno experimenta un juego vivísimo de creciente metamorfosis, a través de la cual se puede apreciar el avance del fenómeno católico llamado gracia, expresa en un cambio de mente; en virtud de éste se comprende la realidad de la vida y la integridad del mundo al modo del Evangelio y de las Enseñanzas de la Iglesia. Es el *realismo espiritual*, como debe llamarse la literatura en cuestión. Pues bien, esos cambios de mente se dan en la novela de la Gertner. Pero no vaya nunca a entenderse que para el efecto los personajes tienen que confesarse y comulgar, y así se puede estar tranquilo frente a la catolicidad de alguien real o ficticio, porque si aquellos actos son un buen signo, no constituyen garantía humana absoluta. Hay piadosos que nunca cambian sus criterios, a veces errados.

Los personajes del libro cambian no sólo por el peso de los años; la evolución de sus actitudes y opiniones les imprime carácter. Y lo interesante es el orden de pensamiento a que llegan, con decisiones e ideas de índole cristiana, que aparecen como frutos de la experiencia que van viviendo, según la trama. Veamos algunos casos del texto:

Catalina, la figura principal, una mujer totalmente hembra, pero honda en su bravura de hombre. Es una vida fundada en la pasión absoluta que la

decide a separarse de "el buen camino" de la fe y sus compromisos, y esperar contra todo la vuelta del hombre que ama como un destino. Al final del relato, por circunstancias feroces del argumento, ella expresará su pasión en el amor a los demás: "No tengo vocación de monja, y tampoco sé rezar. Pero hay muchas formas de clamar a Dios. Quizás una de ellas sea trabajar de sol a sol para que la tierra produzca y los habitantes de *Páramo salvaje* superen la miseria. Lo importante es que, de hoy en adelante, cada paso que dé, cada gesto que haga, cada palabra que diga tengan el sentido de un llamado, de una súplica" (203).

Mercedes, la esposa frustrada, llega a reconocer sus errores: no haber visto que su marido no la amaba, no haberlo amado ella más totalmente y "haber vivido varios años a su lado asumiendo el cómodo papel de la víctima". Su honda mutación adquiere un sentido de realidad: correr el riesgo de todo lo que pueda seguirle pasando en la vida.

Valentín, tal vez el personaje menos tallado en el libro, va a ser monje; se traslada del seminario santiaguino a un convento español por miedo al mal; pero un día llega a comprenderlo y su presencia en la vida se le torna compasión: "Amaba por fin, a Cristo, y, por consiguiente, al hombre, por El mismo, sin temor al castigo ni apego a la recompensa. Aceptaba la alegría de los justos siempre enturbiada por el dolor de los pecadores..." (190).

Asimismo, en la muchacha Teresa vemos el paso de la frivolidad juvenil a la conciencia del dolor humano, aceptado en su propia experiencia. En cuanto a Ignacio, al entregarse a "su destino", diríase que su lucha no ha sido contra el amor, del cual huía, y al fin se da, sino contra la muerte misma. El vendrá a favorecer la evolución de los personajes a él vinculados estrechamente.

Estos puntos de vista serían muy adecuados para analizar la obra, porque manan de ella misma, de su propia ley, en la cual se encuentran el significado del libro, sus verdades humanas y divinas, con el desplazamiento formal de su historia. Todo lo demás por considerar ya lo han dicho los críticos oficiales en forma excelente. Hay una superioridad en esta novela sobre las anteriores de la autora: una particular concentración vital, unos vuelos de poesía trágica, y un personaje femenino de vieja prosapia literaria y rara chilenidad, en la que se juntan atisbos de figuras histórica y literaria nuestras, de mujeres fuertes, juntas en el alma de Catalina, extendida como un páramo salvaje. No en vano se llamaba Catalina...

Hay más aciertos que errores. No todo es realismo crudo; aparecen matices de gran finura y evocación que sostienen el aliento de muchas páginas: la historia de un piano (61-62), percepciones de exacta psicología sobre el amor (42) o del deseo como trampa (78). Muy pocas cursilerías, como aquella de "el sexo es todavía una fuerza para defenderse de la muerte" (51). Podríamos anotar algunos elementos parapsicológicos: presentimientos de muerte, rumores de alma en pena; toda las gamas de la sensibilidad femenina a través de tres personajes en varias edades, o el retrato de un joven narcisista, y así ir mostrando las gracias y los atractivos de este libro con que vuelve a competir en la narrativa nacional, María Elena Gertner. Y con algo nuevo:

la *evolución* del "Quintralismo", como dirán los estudiosos de esta década literaria, o del "Apablacismo", juntando a todas las devoradoras que arrastran muerte, en una visión tremenda de nuestras letras; mucho más importante que las pretendidas comparaciones con *Cumbres Borrascosas*, vieja maña crítica europeizante.

A. L.

*Después de tanto mar*, de ROSA CRUCHAGA DE WALKER.  
Santiago de Chile, 1963

En 1959, cuando apareció *Descendimiento*, destacamos la aparición de esta nueva poetisa. Había en ella hondas resonancias mistralianas en ciertos modos expresivos, pero sobre todo era conmovedor contemplar a una mujer que manaba poesía, ajena a la bazofia humana que todos los seres racionales llevamos; su poesía estaba sellada por una espiritualidad patética, ésta se veía integrada en las palabras, nunca ingenua, nunca descarnada, aunque hermética, tensa en el retorcimiento y con enigmas esenciales. Por caso, estaba presente en aquel libro el misterio de la maternidad, en una relación total de vida y muerte, cargada de sentimiento del tiempo que desgaja y alucinada por algo más allá de toda duración. Este nuevo personaje de las letras nacionales aparecía muy diferente y decididamente opuesto al tipo de poetisa descrito en *Artículos de malas costumbres*.

El nuevo libro de Rosa Cruchaga de Walker —honrado ya por rechazos editoriales— es una demostración de la distancia a que se encuentra la autora de la turba multa que escribe exclusivamente desde las insuficiencias de un eros sin ninguna trascendencia, y por esto aburrido y pedestre; tampoco hay ese prosaísmo existencial que tanto se multiplica hoy, para mayor fatiga y pesadumbre. En esta poesía de *Después de tanto mar*, se palpa un mayor descendimiento a la esencia de las cosas, hacia donde son y las formas empiezan a limpiarse de circunstancias, hasta de la literalidad de las palabras. Veamos en los textos ese universo poético tan rico de intimidad metafísica, tomemos por caso *Como el arco del alba*:

El poema corresponde a un proceso conyugal, éste sustenta las palabras en algo experiencial y nos revelará un más allá de sí mismo. No está visto en la superficie de las emociones, sino desde el fondo de esa vida, donde "coincide el sol con la agonía". Aparecerá la plena unidad de la auténtica pareja humana: "Uno, como dos hojas sin perfiles —exhalando y sorbiendo la semilla"; y luego la sucesión de la vida, en unas trasposiciones de imágenes que nos dejan una quietud y una contemplación del matrimonio como orden sacrálico de la existencia.

Aquel poema de *El guante olvidado*, brevísimo, construcción nítida, lleva otro enigma: El guante es un símbolo que proviene de las significaciones de la mano, pero en el poema se torna un mundo, incluso con llamado de destino, a pesar del ancestro de cobertor de fuerza generadora que representa el símbolo guante, pero quizás por ello mismo.